

ASESINATOS EN BAHAMAS

(Fragmento)

(...) La vieja madame se apoyó en la barra hasta conseguir situarse tras ella y se sirvió un gran vaso de ron sin hielo ni sombrillitas de esas de colores. Se lo bebió de un trago y se sirvió otro, mirando a la pareja de policías con una interrogación en el gesto, por si querían acompañarla.

- Si están fumigando, ¿qué hace usted aquí dentro?

Será peligroso, ¿no?

Rolle hacía la pregunta mientras paseaba por el local, Boira se quedó plantado delante de la puerta y observando a la dueña para que no se le ocurriera sacar un arma de detrás de la barra o algo parecido.

- A mí no me hace nada ni este matarratas.

La vieja se refería al ron parduzco que se había servido y ya iba por el tercero. Echó mano a algo a su espalda y Alexis desenfundó el arma, por si acaso. Era una pitillera que estaría en algún bolsillo interior de la bata, ya que sólo llevaba eso y un salto de cama que avergonzaría hasta a Sylvia en su noche más loca.

Después, sacó un encendedor del canalillo y se burló del policía por excesivamente precavido.

- ¡Tranquilo, John Wayne, qué sólo es un cigarro!

- ¿Qué hay tras esa cortina?

No dio tiempo a que Sylvia terminara la pregunta. Enseguida apareció el hombretón de la peluquería, cruzándose de brazos, impidiendo el paso.

- Los reservados. Ahí no hay nada que os interese.

Aquí todo es legal: el alcohol, el tabaco...

- Las putas, las drogas... ¿Verdad, querida?

- ¡Ésta es una casa respetable! ¿¡Cómo se atreve!?

- Chica nueva muy guapa. ¿La enseño respeto?

- ¡Vaya! Si hasta sabe hablar, no muy bien pero tampoco se le puede pedir más a un gorila.

Boira reía la gracia de Rolle con los labios fruncidos.

Había vuelto a guardar el arma, pero mantenía la mano sobre ella por si era necesario sacarla a pasear otra vez.

- ¡Qué te apartes, mamarracho!

- ¡Un respeto a mis empleados! No se lo voy a volver a repetir. ¡Ésta es una casa respetable!

- ¡Y yo la reina de Saba! Dígale que se aparte o lo aparto yo.

La madame se echó a reír. Era evidente que la desigualdad de estatura y corpulencia jugaba en contra de la teniente. Le sacaba la cabeza incluso estando subida en sus afilados tacones.

- ¡Putita tonta, jajaja!

El insulto estaba a punto de salirle muy caro al hombre montaña. Rolle puso sus manos en ambas mejillas del gorila y cuando parecía que le iba a dar un beso, le asestó un rodillazo en sus partes nobles, si es que ese animalucho tenía algo de nobleza, que le hizo doblarse del dolor. Ella aprovechó que lo seguía asiendo por la

cara para echarlo a un lado y hacer un comentario sarcástico antes de entrar en la sala contigua.

- Da gracias que me acabo de hacer las uñas o de la hostia que te meto te mando a la isla vecina, pero si te apetece mucho, te la da él.

El matón de tres al cuarto iba a cogerla por un pie para hacerla caer y ajustarle las cuentas, pero los dedos de Alexis repicando sobre la funda de su pistola y un chasquido repetido de sus labios le hicieron desistir. La madame se estaba poniendo realmente nerviosa. No paraba de decir que era una casa respetable y que eso

no se podía tolerar. También dijo algo en un idioma que Sylvia no entendía, seguramente algún dialecto criollo local, pero que Boira sí, porque le respondió con pocas palabras y en un tono desafiante.

- ¡Ven a ver esto!

- ¿Qué hay? ¡Tráelo aquí y nos lo llevaremos como prueba!

- No creo que el capitán quiera un alijo de pollas de plástico en su comisaría.

La conversación estaba teniendo lugar a gritos, de una habitación a otra, para más vergüenza de la dueña que tanto insistía en la respetabilidad del lugar.

- También hay esto.

Rolle por fin salía de los reservados, aprovechando para clavar uno de sus tacones de aguja en los doloridos componentes básicos de la tortilla del hombre que seguía tendido en el suelo. Entre sus manos, una fotografía con marco incluido que había

descolgado de la pared. En su cara, una sonrisa malévolamente por lo que acababa de hacer.

- ¡Uy, perdón! En cada reservado hay una foto como esta sobre la puerta y... Sólo si quien la lleva tiene rabo, lleva una boa de plumas o lencería con plumas. Además, es la primera víctima, Paula.

- ¡Esto es un ultraje! ¡Les voy a denunciar por abuso de autoridad y brutalidad policial!

- ¡Vas a denunciar mi coño moreno, guapa! ¡Ahora mismo empiezas a cantar la traviata o te empapelamos hasta el día del juicio final!

La vetusta proxeneta, que ya estaba atendiendo a su empleado, nuevamente retorciéndose de dolor, no estaba por la labor de colaborar.

- ¡Mama G, duele!

- ¡Oh, mira al nene grande llorando a su mamá!

- ¡Basta! Señora Gibson, o nos cuenta todo lo que sabe sobre Paula o...

- ¿O qué? ¡No tenéis ni idea de con quién os estáis metiendo!

- ¡Sí que lo sabemos y esta vez tu amiguito el juez no podrá librarte de los cargos, así es que empieza a hablar, vieja golfa!

- Venís a mi casa, una casa respetable, a ofenderme y maltratar a mis empleados y aún así esperáis que os ayude. ¡Ojalá os pudráis en el infierno!

Terminó la frase escupiendo a los pies de ambos policías. Sylvia levantó la mano, en un ademán de imprimir mayor fuerza a la bofetada que pensaba darle a la anciana, ahora incorporada y no de rodillas como estaba antes. Boira se dio cuenta a tiempo y le sujetó por la muñeca para evitar que volviera a cometer un error. Fue en ese momento cuando Melanie Gibson vio el veve de Maman Brigitte escarificado en la cara interna del antebrazo de Alexis. El icono de la reina vudú de los muertos y esposa del Barón Samedi era una señal inequívoca de que la vida es efímera para cualquiera que la conozca. Sólo atinó a susurrar algo que Rolle no entendió, algo así como "Bosheit".

- Rolle, he dicho que basta. Es una anciana y te recuerdo que tú te acabas de hacer las uñas.

- ¡Putas asquerosas, hija de cabra malparida,!

Los insultos proferidos por la vieja deslenguada habrían continuado dirigiéndose a la teniente si no les hubiera puesto freno su compañero.

- ¡Señora, demuestre que es una casa respetable y dígame lo que quiero saber, sin insultos!

- No pienso hablar con ésta delante. ¡Qué se vaya!

Boira soltó el brazo de Sylvia y, muy amablemente, le pidió que fuera a por el coche y lo dejara en marcha delante de la puerta. Rolle estaba cabreadísima porque la tratara así. ¡Ni que ella fuera una niña pequeña! No obstante, en su fuero interno, reconocía que se ponía hecha un basilisco cuando perdía los papeles y esa era una de esas ocasiones. Obedeció de mala gana, sólo porque sabía que él le sonsacaría lo que hiciera falta y, así, tenía un momento para tranquilizarse.

- Eres el hijo de la muerte, sólo traes desgracias. ¡Vete de mi casa!

- Cuando me diga lo que quiero saber. ¿Qué sabe de Paula y de Helena Iazard?

- Nada, yo no sé nada.

Disfrazaba su mentira con un llanto seco, implorante más que orgullosa, como se había mostrado hasta entonces y esperando quedar a solas en su hogar de una buena vez.

- Miente. Salude a Papa Legba de mi parte cuando le arda la lengua y cruce el velo místico para no regresar.

Las palabras de la maldición vudú a los mentirosos en boca de Alexis no daban tanto miedo como su mirada, brillante y felina, cargada de odio y poder, como si él fuera el ejecutor de la misma sentencia que acababa de pronunciar. La anciana, temerosa, empezó a sentir un calor abrasador que subía por su garganta desde el pecho, haciendo que la lengua se le antojara de fuego.

Con ambas manos, estrangulándose a sí misma, trataba de sofocar un ardor irreal y poder pronunciar un nombre. Dos palabras que sólo el teniente Boira alcanzó a oír. Justo en ese momento salió del local y las puertas se cerraron a cal y canto nuevamente. Se oía movimiento en el interior y nada más que el rugido de un motor Maserati delante de aquella casa tan respetable que se habían empeñado en deshorrar con su visita. Las trabajadoras del sexo, a su servicio, ya se agolpaban dentro y fuera de los escaparates del salón de belleza próximo para ver al atractivo teniente subir al asiento del acompañante y desaparecer de aquel barrio a toda velocidad, en un coche carísimo que conducía la tipa ésa que había conseguido sacar de los nervios a la jovencísima Angelique.

- ¿Qué te ha dicho?

- Te lo cuento mientras comemos, invito yo. A ver si así se te pasa el cabreo.

- No me gusta que me trates como si fuera tu aprendiz. Te recuerdo que los dos tenemos el mismo rango y llevamos esta investigación juntos. Y esta vez no vamos a ir al bar de tus amigos, aunque me encante la comida mediterránea. ¡Te va a salir caro!